

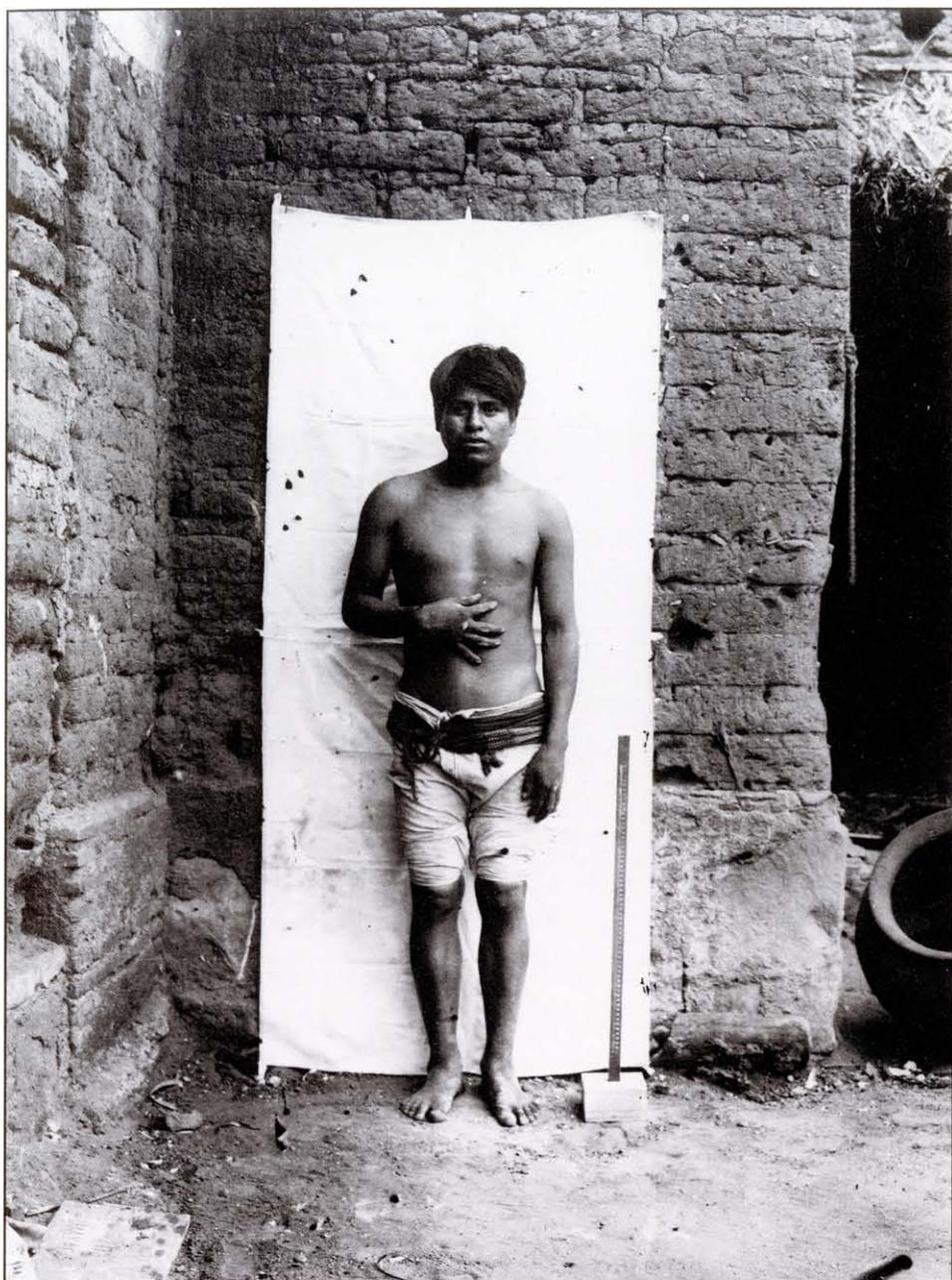
De la belleza del cuerpo masculino y su representación en la sociedad mexicana

Horacio Franco

La herencia de la tan arraigada moral judeo-cristiana y musulmana en los territorios conquistados por la España del siglo xvi ha dejado un sinnúmero de marcas indelebles en el devenir de estas colonias hasta nuestros días. La iglesia católica, a través de su aparato represor, la Inquisición, jugó un importantísimo papel en el cómo y qué manifestar, y por ende en el comportamiento general de las sociedades. Toda la conceptualización de pecado originada por algo tan natural y tan perfecto como el cuerpo humano que se importó con el cristianismo a la Nueva España ha desatado una serie de complicadas manifestaciones de morbo, represión y autorrepresión que se pueden observar en el comportamiento actual en México, donde además la negritud —elemento tan fuertemente presente en los pueblos caribeños— apenas tuvo papel alguno en el proceso de la asimilación cultural de nuestro mestizaje. Si de por sí la gran diferencia de los roles masculino y femenino trajo como consecuencia una enorme discriminación hacia la mujer —de la cual apenas nos estamos empezando a curar en las grandes ciudades—, ésta se recrudeció en la forma de representar o de considerar al cuerpo estéticamente hablando: a una mujer se le podía considerar “objeto” de admiración, de deseo carnal o sencillamente digna de cualquier representación escultórica —como la espléndida Diana Cazadora—, o para un concurso de belleza. Eso se permitía, se valía y se aplaudía socialmente.

El cuerpo masculino, por otra parte, ha sido tratado con otro contexto, tal vez mucho más machista que el femenino, pues el cuerpo del hombre no podía ser por ningún motivo expuesto con fines de admiración de su belleza física, a menos que denotara fortaleza. Cualquier apreciación fuera de esta línea (recuérdense las famosas tres “efes” del hombre perfecto de antaño: “feo, fuerte y formal”) era meramente tildada de homosexual o de decadentemente artística, cosa que si en realidad fue cierta, quienes lo criticaban eran o son quienes ven todo este asunto con más autorrepresión y morbo. Hay que decir además que los complejos físicos heredados por el mestizaje, y el terrible sentimiento de inferioridad que muchos indígenas manifiestan aún por la ciega admiración a todos los blancos europeizados (y que siempre los gobiernos y los medios han impulsado) han marcado una represión de muchas manifestaciones de la auténtica belleza mexicana. Es aquí en lo que radica esta composición fotográ-





Fondo Culhuacán, *Hombre mixe de frente*, ca. 1898. Sinafo-INAH, núm. de inv. 351007

fica, en donde el sujeto es usado como real modelo, donde su parca mirada invita a una apreciación de un todo casi monolítico, que lo tornan un ser enmarcado en un misterioso halo blanco, incitando a la contemplación de su torso, piernas y brazos desnudos. Las marcas en su cara, piernas y manos, la posición de su mano derecha sobre el abdomen y el cabello desordenado le dan a este personaje un aspecto casi sobrenatural, donde estos “defectos” físicos podrían casi no

pasar como tales, si no fuera para acrecentar su intrigante dualidad de belleza-fealdad que le podrían caracterizar, mezcla representada quizás por el efecto luz-sombra que logra el artista sobre su cuerpo al retratarlo.

Es esta belleza auténtica de la cual se ha perdido noción, una exaltación honesta y realista del físico mexicano tal como es, belleza que el modelo y el artista logran plasmar magistralmente.